

Tierra y Libertad

Barcelona, 8 de Mayo de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 12 - 15 CÉNTIMOS

Un primero de Mayo trágico

Primero de Mayo. Mayo de 1931. Jornada sangrienta. Fecha en que los productores elevan su voz de justicia a los poderes constituidos. Y este día magno, respetuoso que rememora la tétrica jornada de 1886 en que cuatro hombres fueron ahorcados por decir las verdades a los productores, este día, día santificado por la elevación espiritual de los oprimidos, ha sido ultrajado con la infamia, con el cruetismo inícuo del asesinato. ¡Después de cuarenta y cinco años la sangre proletaria ha vuelto a correr por las calles!

La historia se ha repetido. Con alguna variante, pero se ha repetido. Han cambiado los asesinos pero las víctimas han continuado siendo las mismas. En 1886 se ametralló a los trabajadores; en 1931 han sido también los trabajadores los ametrallados. ¿Por quién?

En 1886 fue la policía de una República al servicio del capital quien disparó contra la multitud indefensa de productores. En Mayo de 1931 la policía al servicio de una República ganada por el pueblo obrero ha disparado contra el pueblo. Ha disparado la policía como también dispararon los pistoleros de Martínez Anido que aun andan sueltos por las calles de Barcelona quizás a sabiendas de las primeras autoridades.

Tampoco somos agentes comunistas. Pero eso no es lo suficiente para que dejemos de protestar contra el atropello que se cometió con ellos al ser disueltos violentamente a sablazos por la Guardia Civil, como en tiempos no muy lejanos en que había una corona en vez de un gorro frigio.

¿Qué motivo tuvo la Guardia Civil y a órdenes de quién obedecía para tomar actitud tan reprochable, tan indigna, tan injusta, con la manifestación de los comunistas? ¿Es acaso que aún no se puede manifestarse públicamente las ideas? ¿Vivimos en una monarquía cruel, reaccionaria o en una república liberal?

Repetimos una vez más que no somos comunistas estatales, pero reconocemos el derecho que tienen los comunistas a manifestarse públicamente, como se manifestaron en Madrid los socialistas y en Barcelona los sindicalistas.

Nosotros vamos a decir la verdad. La verdad escueta y nada más. En nosotros no influye la pasión aunque tengamos motivos para usar de ella: Sería pasión engendrada por los muchos atropellos y las muchas injusticias que hemos sufrido en el exodo por la lucha de la libertad. No obstante preferimos hacer dejación de ella para mejor razonar, y despojar del todo a nuestros comentarios de toda parcialidad.

Sintiendo este precedente decimos: Somos de los que han trabajado denodadamente para derrumbar la monarquía. La F. A. I. y la C. N. T. sin ser republicanas han jugado un papel importante contra la monarquía, contra la dictadura, contra la reacción que imposibilitaba el libre desarrollo del progreso y hundía al pueblo español en la más grande miseria y en el más bajo nivel moral.

Las conclusiones fueron aprobadas por estruendosa aclamación en medio de un entusiasmo delirante.

En un momento alcanzó la manifestación una masa imponente, formidable, pudiendo calcularse en unos ciento cincuenta mil los manifestantes. Estos, con el mayor orden, emprendieron la marcha hacia el Arco de Triunfo, recorrieron la Ronda de San Pedro, Plaza Cataluña, Ramblas y Calle de Fernando.

Muy poco después de las doce y media llegaba la cabeza de la manifestación a la Plaza de la República. Penetraron en ésta las tres camionetas y a unos diez metros de la puerta de la Generalidad se detuvo la comitiva, de la que se destacó la Comisión que debía entregar a la autoridad las conclusiones del mitin. La puerta del palacio permanecía cerrada y fue abierta para dar entrada a los compañeros comisionados. En aquellos momentos no había en la puerta sino un grupo de mozos de escuadra, pero no vimos allí a ningún agente provocador, pese a las manifestaciones interesadas de las autoridades y de la prensa burguesa de todos los matices.

Al penetrar la comisión se dispuso a seguirle el abanderado portador de la enseña roja y negra, el compañero Lecoín, siguiendo la costumbre establecida de que todas las comisiones vayan acompañadas de sus banderas para dar cuenta del cumplimiento de su misión a los manifestantes.

Ante los hechos registrados en la mañana del viernes, día 1.º, no podemos sustraernos al deber de reflejar en nuestra información toda la verdad de los hechos para que sean depuradas inmediatamente las responsabilidades a que haya lugar por la colabore agresión de que fuimos víctimas los manifestantes de la República.

Procuraremos ordenar nuestros recuerdos y nuestras ideas y consignarlos imparcial pero firmemente. No hemos de consentir que después del atropello salvaje contra nosotros cometido, se nos culpe con torpes fines políticos.

Salvo alguna excepción, todos los periódicos han hecho una información de lo sucedido en la plaza de la República completamente inexacta. Y es que a más de una gran falta de dignidad y decoro, acostumbra los reporteros a ir a informarse en los centros oficiales que por fuerza han de disvirtuar los verdaderos hechos, y en los corros que se forman por las calles, donde se desfiguran y cambian completamente la naturaleza de los sucesos. Si no se informaran a la ligera, sin otras fuentes de información que las oficiales, y las no menos oficiales de los mercados y lavaderos, no se daría el caso vergonzoso de que un periódico de la seriedad de «Heraldo de Madrid», en cabeza de su información con el absurdo y falso título «Los anarco-sindicalistas ensangrentaron las calles de Barcelona.» Y esto es absolutamente falso.

La manifestación de la F.A.I. y C.N.T. agredida en la plaza de la República

El primer atropello. Corrió a cargo de los brutales mozos de escuadra, la nefasta guardia civil catalana. En el momento en que el abanderado iba a penetrar en la Generalidad siguiendo a los demás comisionados, varios esbirros de chaquetilla, corta y almorza forcejearon con su portador intentando arrebatarle, aunque sin lograrlo porque la valentía de nuestro compañero supo defender la bandera heroicamente. En el forcejeo fué roto por los mozos de escuadra el palo de la bandera, pero ésta quedó en poder del abanderado. El hecho que relatamos no podrá desvirtuarse nada porque fuimos cientos de manifestantes los que lo presenciamos, pese a todas las afirmaciones de los autores del indigno atropello y pese a todas las notas oficiales de la Generalidad. Lo que vimos nosotros no lo vio Maciá ni lo vio el gobernador Company y porque no se hallaban allí, en tanto que nosotros nos encontramos en el lugar del suceso para ser insultados primero por los mozos de escuadra y luego agredidos a tiros.

Disparos. Antes de seguir adelante debemos hacer una rectificación a las palabras de los compañeros comisionados. Estos, que cuando se originó el incidente de la bandera se hallaban ya en el interior del palacio de la Generalidad, no pudieron ver lo que sucedía. Y por lo tanto no pudieron ver que en la puerta del palacio no había ningún agente provocador. En la puerta se hallaban únicamente los mozos de escuadra. Solamente y únicamente.

Como si el disparo de la Generalidad fuera una consigna, inmediatamente sonaron otros muchos desde la esquina de la calle de San Severo, dirigidos contra los camiones ocupados por mujeres y contra las banderas.

La confusión en aquellos momentos fué enorme. El público huyó alejando en todas direcciones mientras algunos bravos compañeros se disponían a repeler la agresión.

Renació la calma poco después y de nuevo la plaza se vio llena de gente. Pero no pasaron cinco minutos sin que volverían a oírse disparos desde diversas bo-

casas vecinas al edificio de la Generalidad. Y antes de que toda la gente hubiera podido abandonar la plaza para refugiarse en lugar seguro, se oyó el estruendo de las tercercolas.

Los del casco disparan. En el momento en que los manifestantes se disponían a salir de la plaza, se oyó el estruendo de las tercercolas. En el momento en que los manifestantes se disponían a salir de la plaza, se oyó el estruendo de las tercercolas.

Continúa el tiroteo. Generalizado el tiroteo, y tomadas las esquinas de la plaza por los compañeros, fueron cayendo algunos heridos. El pánico en toda la barriada era enorme. Todas las puertas fueron cerradas y los gritos de angustia se unían al crepitar de los disparos.

Cerca de tres cuartos de hora duró la batalla. Cuando ésta adquiría proporciones de mayor gravedad, un grupo de compañeros que se habían refugiado en las calles que desembocan a la plaza de la República, se dirigió al cuartel de artillería de la calle del Comercio para pedir socorro en evitación de que los que se hallaban en la plaza fueran asesinados al agotarse sus municiones.

Aquí haremos otro inciso. La provocación, en pesar de todas las notas oficiales y oficiosas, no partió de los comunistas. Tal vez se mezclaron en ella algunos antiguos libreños, pero es indudable que si uno de estos fué el iniciador de los hechos, se hallaba en seguridad, amparado en la Generalidad. Además, la intervención de los fatídicos fusileros del casco no fué accidental. En primer lugar, no salió del Ayuntamiento, pues de haberse hallado allí hubiera ametrallado al pueblo cómodamente desde las ventanas que dan a la plaza de la República. Salió de la Delegación de Regomir. Y debió salir con órdenes concretas. «Si las recibió el Gobernador Company» o del teniente Cabezas, que dice haber solicitado su auxilio, uno es de nuestro interés el saberlo. El hecho es que la Guardia de Seguridad fué llamada para ametrallar al pueblo agredido cobardemente y cumplió las órdenes que se le dieron, agrediendo sin ser agredido.

«Heraldo de Madrid» podía alegar que se debe a la información de su corresponsal y que por lo tanto la redacción o la dirección, es ajena a las informaciones tendenciosas, o no, que les manden. Conformes: Pero «Heraldo de Madrid» tiene en sus manos el procurar un corresponsal que se ajuste más a las realidades, como lo han hecho, aunque no del todo, los que informan desde Barcelona a la «Libertad» y a «Tierra».

Lo hecho por «Heraldo» es digno del «B B C» y «El Debate». Eso en lo que concierne a la prensa de Madrid. De la de aquí y de la mayoría aún es más vergonzosa, pues estando precisamente en la ciudad donde se han desarrollado los sucesos, no han hecho otra cosa que llenar las páginas de las más absurdas y falsas noticias.

Pero no hay remedio para ella. Esa prensa, debería de ser censurada para purificarla. Es la misma que silenciaba los asesinatos de sindicalistas y anarquistas cuando Martínez Anido tenía su trono de sangre enclavado en la ciudad Condal. Es la misma que silenciaba los atropellos cometidos por los esbirros de la monarquía, y la misma que cantaba los al-

borbón cuando pasaba por Barcelona, como ahora las ha cantado en la llegada de Alcalá Zamora. En una palabra, ¡Prensa sin dignidad!

La prensa callaba lo antedicho. Y sin embargo, ahora no ha vacilado en decir que hubo una colisión entre comunistas y sindicalistas en la plaza de la República. Y esto es completamente falso. La prensa—la burguesa, se comprende—no ha callado las falsedades. Lo ha hecho, como siempre, para evadirse de decir las realidades. De lo contrario, en sus páginas habría aparecido la información de los sucesos tal como ocurrieron, y se hubiesen vistos precisados a decir que la manifestación organizada por la F. A. I. y la C. N. T. estaba compuesta, por más de 150.000 personas que recorrían todo su trayecto sin alterar absolutamente el orden. Que el primer disparo que sonó en la plaza de la República partió de dentro de la Diputación; que los mozos de escuadra, con intención o sin ella, rompieron la bandera de los manifestantes; que es completamente falso que éstos quisieran asaltar la Generalidad; que en la plaza de la República habían pistoleros que antes estaban al servicio de Anido, y que dispararon sobre la muchedumbre y sobre las ventanas de la Generalidad, y que instantáneamente, como obedeciendo a una consigna, un piquete de policía con tercercolas salieron de la comisaría de la calle de Regomir y dispararon sobre el pueblo.

Y decimos que como obedeciendo a una consigna porque la comisaría de la calle de Regomir es el antro donde tenían o tienen aún su cuartel General los que mataban a los sindicalistas y aplicaban la ley de fugas cuando el imperio de Anido. Esta misma comisaría fué la que no quiso rendirse el día de la proclamación de la República.

La prensa barcelonesa no dice todo esto, como no dice tampoco que los soldados confraternizaron con los paisanos y tuvieron que hacer frente a los policías, hasta obligarles a encerrarse en su guardia. Y que un capitán del Ejército fué a la plaza de la República a pedir auxilio. Tampoco dice la prensa que el guardia civil que llegó a la plaza de la República, iba con la intención de siempre: de mantener al pueblo allí congregado. Y que a tan bajos instintos se tuvo que oponer un oficial del ejército. Y que invitada la guardia civil a que se retirase se negó a ello. Y se negaron de una forma retadora. Y que los soldados se vieron obligados a cargar sus fusiles para hacer salir de aquella plaza a la Guardia Civil. Esa guardia que hoy lleva en el brazo la bandera republicana; la misma que no hace aún un mes la pisoteaban.

Todo esto no lo dice la prensa. Pero sí remanen en grandes letras que el público aplaudió a la Guardia Civil. Lo que no dice tampoco qué clase de público era el que había palmado.

Pero vamos a decirlo nosotros por ellos. Ese público es el público de siempre. El mismo que se sentía satisfecho cuando en Madrid ametrallaban a los estudiantes. El mismo que respiraba gozosa frotándose las manos cuando evolucionaban sobre un mano para atropellar bárbaramente a las mujeres huelguistas de las Lámparas Z y cuando empujaban las tercercolas con locas ansias de disparar sobre la juventud estudiantil barcelonesa. Ese público que aplaudió a la G. C. está compuesto de señores Esteves que han hecho de esta institución armada un símbolo de paz, como lo hicieron, no ha mucho tiempo, toda la falange de coronados con «A B C» y «El Debate» al frente.

Este compuesto de éstos y de algunos pobres diablos que al no verse capaces de defender la república con sus puños temen perderla con la presencia de alguna sombra izquierdista y aplauden aunque sea a sus enemigos para que éstos, halagados, los defiendan.

Pero el otro público, el sano, el público compuesto por todos los que producen, por todos los que dan riqueza a la nación con su sudor, no aplauden a la G. C. La detesta. Han sido demasiados los atropellos recibidos por parte de esta institución armada para que pueda mirarlos con buenos ojos. En cada pecho de un trabajador hay un desecho: que desaparezca la G. C. y la policía. No obstante, este público sano, este público que silba la presencia de la G. C., recibe con aplausos, con cariño a la tropa. Porque sabe que está formada por hijos del pueblo. Y los hijos del pueblo no matarán a sus hermanos.

Que se sepa de una vez: el pueblo trabajador detesta a la G. C. y ama al ejército. Los trabajadores odian a la policía y aman a los soldados.

Esta es la verdad. Esta y ninguna más, pese a la prensa sin dignidad.

(Continúa en la cuarta página)